

El sol nocturno

Ernesto de la Peña

El sensible fallecimiento del filólogo y erudito Ernesto de la Peña deja a las letras mexicanas sin una de sus figuras más notables. A manera de homenaje publicamos un poema inédito del autor, así como un ensayo también inédito sobre la poeta Elsa Cross, seguido de una semblanza de este sabio mexicano, escrita por el poeta Vicente Quirarte.

*Para mí el sol arde la noche entera
para mí todo el día cintila la estrella.*
Marina Tsvetáieva

Ordena con la voz todo el futuro
abre la simiente, reacomoda las luces, recorre la ciudad
busca la aurora en la noche profunda
para encontrar el sol oscuro
el día sin tiniebla en que vive tu raza,
tus muertos resucitan y se instaura la música.

O en plena madrugada
a la sombra insidiosa de una felicidad sin mácula
comparte el pan y el vino, la mano y el acierto,
la piel y la sustancia en que se envuelve el júbilo.

Hay que instaurar el entusiasmo
preservarlo de pie, silencioso y terrible,
inaccesible y a la mano,
como guardián de todos los misterios.

Es el momento rígido vecino de la muerte
de hacer las cuentas con el alma,
vislumbrar mansamente la vida que se escapa

tener por la cerviz indómita, impotente
la lozanía inicial, los hallazgos
el castillo de niebla de una vida
que se agostó en impulsos
y cultivó solícita los ardores del sexo
y prodigándose en gestos apremiados y fervores erróneos.

Deambulo por avenidas ásperas y calles apagadas
releo las mismas cosas, digo lo mismo
mis virtudes, mis vicios son apenas las letras
de algún texto sin final conocido,
impunes signos de metal oxidado,
agua pasada por el río que no se detiene,
agua veloz de rapidez sin meta.

Los recuerdos, disfraces de la nada
amortiguados, imitan el fuego y ocultan la distancia
como una mala costra que nos llaga y consuela
sobrenadan, invitan un festín de piedras extinguidas.

La soledad vesánica invade la vejez llenándola de ecos
irguiendo la memoria como reducto fiel de la mentira.
Esta es la edad de despedida, sitial de la nostalgia,
hospital melancólico para apagar los huesos y detener la sangre.

Pero he vivido con los ojos abiertos y la pasión dispuesta,
he vivido y mi huella indistinta,
alguna vez sin sombra y sin temores,
desafió al fuego elemental, agorero de ruina,
alguna vez se levantó
y sus pasos hirieron el camino y le dieron derrota.

Otras, muchas veces, pudo confabular,
urdir inocentes estambres de albedrío
y sintió como un eco estelar
una conspiración celeste
para elevar su fortuita vehemencia
y lanzar al espacio, como la clave enérgica del hombre.

Herederero y señor de lo casual, munífico mendigo,
te fue entregado el mundo ajeno,
la cordura sensual de las tardes
y el asombro espontáneo con que se anuncia el sol.
Acudieron a rescatar tu sombra de la nada naciente
el verdor de los árboles y el agua férvida del río,
te abandonó la ninfa y te compró la sangre
y ante tus ojos mudos y tu piel venidera
instauró sus quebrantos la alegría
y su constancia el duelo.

Volátil, errabunda,
te propició la vida la ausencia y la nostalgia
e implantó en tus arterias la sal equívoca del odio,
las turbulencias sacras del amor
y la facilidad del abandono y el olvido.

Tu presencia banal creó la galaxia
e hizo estallar sin ruido las estrellas,
plagó el espacio de huecuras
y acompañó la danza de la abeja,
la ponzoña del áspid, la insoportable altura de lo bello,
el retumbar de la condena, la ausencia larga sin retorno posible
y las largas cadenas de tu origen.

Munífico mendigo que te otorgas el cosmos
y te quiebras de amor inopinado,
de entregas sucedáneas y lealtades fugaces.
¿Dónde nace lo eterno de tu estirpe
si tu vigencia es apenas la huella de un instante
y tu ámbito estelar es menos que la sombra de una sombra?

Pero tienes el don de las palabras
que asignan su sitio al río y al planeta
que socavan el cuerpo de la piedra
y la hacen cintilar en el diáfano polvo que la hizo,
entras a saco por las venas del tilo,
te esparces en la doble avenida de los álamos
y en el júbilo interno de la rosa que vive por su aroma
y prepara su muerte en las espinas.

De tus sílabas que habitan el misterio
y proyectan nostalgias al futuro,
nace este pródigo almacén que funde al caos,
lo lleva de la mano con la solicitud de la certeza
y lo trueca en figuras estelares,
en cabelleras pétreas que surcan el espacio
y en los canosos árboles del mundo.

Tu origen es de ayer, de hace un segundo,
cuando el agua sin nombre se negaba a sí misma
y fluía sin manar en ruido anónimo
entre la cabellera alquímica del césped.

Las aves ignoraban que su vuelo es el sostén del aire y su sustancia
el sol ardía de pie sin ser divino ni cortejar al disco de la luna,
no había futuro la profecía estaba muda
la raíz daba sabiduría silenciosa y sin saberse
persistía en crecimiento.

Has de morir hombre de tribu y de temores
en un acre momento insospechado se abatirán tus vísceras
y un viento innominado arrastrará tu polvo
y ni siquiera un eco recordará tu labio en movimiento
y tus ojos que miden.
Se extinguirán los nombres con tu tribu
se irán por las montañas hacia un recinto no llegado,
los ancianos, los niños agoreros
en cuyas venas sobrevive la sangre del origen,
mansamente, no habitarán la tierra.

El barro, el metal, el íntimo entusiasmo de la piedra
y el goce vegetal que el viento auxilia
seguirán sus rutinas,
prodigándose en una danza silenciosa y ritual
en una música inaudible.
Se seguirán viviendo la flor, el átomo y el aire
hablándose en sigilo, diciéndose secretos que algo mueve.
Es tan ingenuo el mundo y tan antiguo
que no siente la envidia y el vicio no lo aqueja,
la agua del origen no le quitó la vida a nadie
y el fértil terremoto reacomodó los montes
mientras el fuego hollaba a los umbrales del cielo.

Vuelve a tu hogar, asíéntate en la nada,
no hay dolor, ni alborozo,
ni el lujo de un quebranto,
ni la amorosa intriga en que sucumbes
vuelve a tu piel aunque nunca saliste,
asómbtrate de todo, de la puntual codicia
con que la estrella cambia de colores
para morirse y revivirse
en medio del silencio del derrumbe.

Quédate aquí, inmortal fallecido,
no te percates de tu muerte,
aunque estés asediado por sus brazos sombríos
y su cadena inevitable.
No abandones tu puerto de llegancia,
el sacrosanto sitio en que el cordaje de tus naves canta.
No renuncies al vuelo ni a la hondura del agua,
no dejes viuda la nostalgia, es indigente
y sobrevive, sobrevive tenaz como un espectro
porque el amor la necesita
y le hace falta al sol y a la distancia.